(Aplausos)

Tenía 25 años y necesitaba volver a trabajar. Tenía un hijo por mantener y un alquiler que pagar. Había aceptado la propuesta que me había hecho un cliente para un puesto administrativo en una fábrica metalúrgica. Sentí que de esa manera iba a poder dejar atrás mi viejo trabajo. Ese por el cual sentía mucha vergüenza y de mil maneras intentaba ocultar.

Como todos los días llegué a la oficina. En esta oportunidad, mi jefe me pidió que preparase café para 40 personas. Así que, fui a la cocina, preparé el café, lo serví en las tazas, lo dividí en tandas de diez, los puse arriba de una bandeja y encaré para la sala de reuniones. En la sala había un mesa negra inmensa. Estaba llena de hombres. La única mujer era yo. Al primero que le serví el café fue a mi jefe y cuando intenté servirle al resto, mi jefe me tomó muy fuerte del brazo y delante de todos me gritó:

-Este café está frío, así que andá, andá dale, andá. Andá y preparalo todo de vuelta.

Ahí, frente al silencio de todos los demás, me sentí tan avergonzada que lo único que puede hacer fue agarrar la bandeja, agachar la cabeza e irme.

En la cocina, mientras masticaba bronca, me di cuenta que ese trabajo no era para mí. "Si me vuelve a gritar delante de todos otra vez, le tiro el café hirviendo encima y me voy", pensé. Y ahí sentí adentro mío que mi antiguo trabajo, ese, en el cual muchos me habían hecho creer que tenía que sentir vergüenza, no era tan malo. Yo ahí podía poner mis límites, podía poner mis condiciones. Yo ahí podía decir que no.

Así que me decidí. Me decidí y volví. Volví a ser prostituta.

Tuve la certeza, que por ser mujer, parte de la clase trabajadora, esa representaba la mejor opción para mí. Ya no lo viví más de manera clandestina. No tenía que salir de jogging de mi casa y cambiarme y maquillarme camino al trabajo. Aunque todavía me faltaba algo, me faltaba tener el coraje suficiente para contarle tanto a mi mamá como a mi hijo, verdaderamente a lo que me dedicaba.

En mi trabajo, todos los días son distintos. Yo llego a la esquina, saludo a mis compañeras. Porque no trabajamos solas, solemos siempre estar de a dos o tres, como una forma de auto cuidado entre nosotras mismas. Nos avisamos cuando llegamos, cuando nos vamos y cuando volvemos. Nos aconsejamos sobre las características que tiene cada cliente y clienta. Y tenemos un código: no atendemos a aquellas personas que no cumplen con las normas establecidas por nosotras mismas. Ahí, ahí parada en la esquina me quedo, mirando fijamente a cada uno de los autos que pasan en búsqueda de algún gesto de un futuro cliente. Pero otras veces pacto los encuentros con anticipación.

Pero no todas las personas que ejercemos el trabajo sexual decidimos ejercerlo en la vía pública. Muchas de mis compañeras deciden trabajar a través de las redes sociales, en departamentos privados o, muchas otras también, publicitan sus servicios en las páginas web.

Hace mucho tiempo atrás tuvimos un problema con un tipo que se convirtió en una pesadilla: nos amenazaba, nos hostigaba, estaba totalmente obsesionado. ¿Y saben por qué? Porque nosotras nos negamos a atenderlo ya que con una de nuestras compañeras no cumplió con las normas establecidas. Y como venganza frente a nuestra solidaridad feminista, no tuvo mejor idea que comenzar a integrar la junta vecinal. Y en muy poco tiempo logró convencer al resto de los vecinos y las vecinas para que nos echasen del barrio. Esa fue la primera vez que nosotras sentimos la necesidad de pedir ayuda, de tener que ir a alguna entidad estatal para poder denunciar el accionar de ese vecino y también la discriminación que padecimos por algunas personas del barrio.

Así comenzó mi activismo. Pero tuvo que pasar un largo proceso para que yo me pueda identificar como una trabajadora sexual sindicalizada. En AMMAR, la Asociación de Mujeres Meretrices de la Argentina, aprendí un montón de cosas. Aprendí que no estamos solas a pesar de que el Estado nos ignora, aprendí que mi trabajo no es un delito y que tengo derecho a hacer uso responsable del espacio público sin tener que andar pagándole a la policía para que nos deje trabajar tranquilas, aprendí que la mayoría de los problemas que tenemos las mujeres trabajadoras sexuales, ¿saben qué?, son los mismos que tienen el resto de todas las mujeres trabajadoras por haber nacido en esta sociedad machista y patriarcal (aplausos). Entendí, entendí que todavía tenemos que aunar fuerzas para seguir sensibilizando una gran parte de la sociedad, para que logre diferenciar lo que es el delito de la trata de personas con el libre ejercicio del trabajo sexual (aplausos). Porque así, así como mis compañeras y yo defendemos todos los días la libre elección que tenemos sobre nuestros propios cuerpos, condenamos la trata de personas pero no sólo en el mercado sexual, también en otros mercados laborales como el trabajo rural y el trabajo textil.

Esta opción de vida, para mí, me enfrentó a grandes desafíos. No sólo tuve que aprender a apoyar y a liderar a mis compañeras de lucha, sino que también me tuve que enfrentar a mis propios miedos. El más grande ellos: tener que sentarme y decirle a mi mamá que en realidad no era una empleada administrativa, si no que en realidad era una trabajadora sexual. Tuve mucho miedo. Pensé que ella se iba a enojar conmigo, que no me iba a hablar nunca más y hasta que me iba a excluir de mi propio entorno familiar. Pero me equivoqué. Mi mamá me pudo ver más allá del estereotipo que la sociedad suele imponernos a las trabajadoras sexuales, ese que nos ubica como las malas mujeres, las malas madres y las mujeres de la noche. Mi mamá no me tuvo pena, tampoco me vio como una víctima. Me aceptó así, tal cual era, tal cual soy, orgullosamente una mujer trabajadora, una trabajadora sexual (aplausos).

Distinto fue el momento que le tuve que contar a mi hijo. Ahí ya no tuve miedo, sólo tuve mucho cuidado con las palabras. Santino lo vive naturalmente. Tal es así, que en una oportunidad en el colegio, la tarea que le habían dado consistía en que tenían que dibujar de qué trabajaban mamá y papá. Y Santino me dibujó a mí parada en una esquina frente a un auto. Y fue mucho más allá, le confesó a la maestra y a sus demás compañeros y compañeras que su mamá se dedicaba al trabajo sexual. La maestra, boca abierta frente a tan grande confesión, lo interrumpió y le dijo:

-Estás equivocado Santino. Tu mamá es trabajadora social.

(Risas)

Y tal fue la frustración de él que al día siguiente me citaron al colegio. Y ahí fui. Ahí fui furiosa, sin dormir, dispuesta a todo. Dispuesta a denunciar al colegio, a la directora y a la maestra, por discriminación y vaya a saber cuántas cosas más. Pero me tuve que guardar nuevamente cada uno de los prejuicios en mi bolsillo. Ya que tanto la directora como la maestra se pusieron a disposición mía y de mi hijo.

Es que nosotras no estamos acostumbradas a tener que recibir ese tipo de tratos. La vida nos ha golpeado tanto, que siempre somos desconfiadas y estamos a la defensiva, porque esa es nuestra herramienta de defensa para sobrevivir al estigma social.

Las trabajadoras sexuales desearíamos vivir en una sociedad que no nos juzgue, que no nos cuestione, que no nos castigue ni nos condene. Una sociedad igualitaria en la que podamos acceder a derechos tales como una obra social y una jubilación (aplausos), en la que no tengamos que ir presas por el solo hecho de salir a trabajar, una sociedad en la que no recaiga sobre nosotras los prejuicios sexuales que tienen los demás, una sociedad en la que dejen de vernos como víctimas y comiencen a vernos como mujeres sujetas de derecho (aplausos), una sociedad en la que dejen de equiparar trata con trabajo sexual, invisibilizando así a todo un colectivo y condenándonos a tener que trabajar en mayor clandestinidad, una sociedad en la que dejen de cuestionarnos y comiencen a aceptar nuestro trabajo como un trabajo como el resto. Somos mujeres, somos madres, somos trabajadoras sexuales. Queremos poder ser libres para poder decidir sobre nuestros propios cuerpos. Queremos ser libres para poder ser lo que realmente queremos ser, pero con acceso a derechos. Y camino a esa sociedad igualitaria es la que vamos.

Hace pocos meses, mi hijo Santino me comentó a la salida del colegio que uno de sus amigos quiso molestarlo frente al resto y le dijo:

-La mamá de Santino es una puta.

Yo, con el corazón en la boca, nuevamente le dije:

-¿Qué le contestaste?

Pero él, muy tranquilo, me respondió:

-Le dije que mi mamá no es una puta. Le dije que mi mamá es la secretaria general de todas las putas del país.

(Aplausos)

¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!